

CAPÍTULO I

Foucault y Deleuze, reseña política de sus obras

HJALMAR FREDD NEWMARK D.*

Introducción

NADIE PUEDE DECIR QUE LA HISTORIA NO ha tenido influencia en su trabajo. Y menos si ha vivido en Francia. A este país se le ha denominado la *eterna* Francia o país de proverbial riqueza; en fin, de una u otra manera, ha gozado de reputación en Europa, y en el orbe, hasta antes de que Estados Unidos fuera considerado como una potencia mundial. Se puede decir que en Francia se acuñaron el término romántico *Ilustración* y el término *Revolución*. Sobre estos términos se han desarrollado las ciencias sociales de lo que hoy se denomina modernidad. Pero al parecer su desarrollo fue irreflexivo, se creyó que lo que se había logrado cambiaría el rumbo de la civilización para dejar atrás todo tipo de arcaísmos y entrar en una fase de desarrollo que ya no tenía cómo volver atrás.

Después de un periodo de ingenuidad, en el que se sumió la conciencia de los intelectuales (sólo agitada por mentes consideradas discordantes), decididamente desilusionados de lo conseguido, se iniciaron periodos de guerra que amenazaron con desarticular la *eterna* Francia. Pero, por el contrario, Francia salió extrañamente fortalecida. En el primer conflicto que involucró a la mayoría de los países del mundo, la Primera Guerra Mundial, Francia perdió un 17% de su población activa, es decir, todos los hombres en edad de luchar; su territorio fue invadido y su economía perdió el apogeo con el que había iniciado el siglo XX. Después de Versalles, no existía un solo francés que no deseara olvidar la guerra y que no tuviese miedo de una Alemania que se convirtió en la bestia negra de la *eterna* Francia. La política de la posguerra estaba dirigida no sólo a la reconstrucción sino también a evitar que se repitiera esta san-

* Estudiante de Derecho de la Universidad de los Andes.

griente contienda. Esta práctica política se convirtió en el estandarte de los políticos del periodo de la entreguerra. Sin embargo esta posición extremadamente cautelosa se vio traicionada por el resurgimiento de una Alemania poderosa que para 1940 ya había invadido Francia y había hecho que el gobierno oficial capitulara. Así, Francia quedó dividida en dos, una bajo la administración directa de los victoriosos alemanes y otra con su capital en el balneario de Vichy¹.

Lo verdaderamente interesante de la experiencia francesa de la Segunda Guerra Mundial fue que la resistencia que se organizó siempre estuvo en manos del Partido Comunista Francés (ayudado por los refugiados españoles que habían huido de Franco), y este hecho hizo que muchos de los intelectuales dirigieran su mirada hacia la izquierda, ya por admiración, ya porque ni ellos ni sus familiares formaron parte de la resistencia. Pero paradójicamente la reconstrucción y el auge económico, que se iniciaron inmediatamente después de los años cincuenta, estuvieron siempre dirigidos por gobiernos conservadores moderados. La estabilidad de las economías de la posguerra adormeció las conciencias de los intelectuales que en un principio abrazaron el marxismo, pero que encontraron que no había forma de competir con una economía que día a día daba mejores remuneraciones a los trabajadores. Hasta 1968 fue impensable que los trabajadores pidieran mejoras a su ya cómoda posición, pero fueron los estudiantes los que incitaron a los trabajadores y de hecho repensaron la política de un siglo que empezaba su declinar.

Es en este contexto en el que crecen y surgen Foucault y Deleuze, así como nadie hubiera sospechado que los estudiantes de mayo del 68 iban a suscitar un renacimiento del movimiento obrero en una Europa en pleno crecimiento económico, tampoco se podría imaginar que surgiría una generación de intelectuales que desdeñaran de la Ilustración y de la Revolución. El punto de mira de esta generación fue poner en duda todos estos principios que se creían inamovibles, es más, su principal interés parecía ser, en principio, demostrar que todo

¹“Cuando el 18 de junio de 1940 se trasladó a Londres y afirmó que con él la ‘Francia libre’ continuaría luchando contra Alemania, Charles de Gaulle estaba cometiendo un acto de rebeldía contra el gobierno legítimo de Francia, que había decidido constitucionalmente poner fin a la guerra y que, muy probablemente, contaba con el apoyo de la gran mayoría de los franceses cuando tomó esa decisión... Si Alemania hubiera ganado la guerra, su gobierno le habría tratado como a un traidor” Eric Hobsbawn, *Historia del siglo XX*, Barcelona: Grijalbo Mondadori, 1998, p. 151.

el humanismo nacido de la Ilustración sólo representaba los intereses de una clase, la burguesa. Una vez adquirió esa conciencia, esta generación de intelectuales formuló una nueva epistemología para las ciencias sociales. Este es el gran logro de esta generación de intelectuales franceses.

1. Michel Foucault: Una reseña de su obra política

Michel Foucault es un *camaleón*, imposible de clasificar en uno de los campos de las ciencias. Exponentes de diversas ciencias ¿sociales? tratan de traerlo hacia su propio campo; algunos dirán filósofo, otros historiador, otros aun lo reclamarán para la sociología; y, en definitiva, lo que surgen son preguntas: ¿sería mejor crear una nueva categoría solamente para él?, una categoría que reuniera todas las anteriores; Deleuze lo clasifica como “nuevo archivista o nuevo cartógrafo”². De igual manera es inútil tratar de ver en su obra estructuras, funciones o instituciones. Estas clasificaciones son afines a la labor del *intelectual*, pero no resumen todo lo que es Foucault, así que, en vez de buscar una nueva categoría, mejor reconoceremos a Foucault como inclasificable. Foucault es Foucault, a la vez filósofo, historiador, (aun) sociólogo, *archivista y cartógrafo*, funcionalista, estructuralista y estudioso de las instituciones. Pero, ¿qué tiene de innovador abordar a Foucault sin clasificarlo en una categoría especial? Esta es la pregunta que trataremos de responder, al mismo tiempo que reconstruimos su teoría de la política.

Como el interés primario de la reseña es encontrar una visión política coherente en la obra de Foucault, utilizamos dos textos que a nuestro parecer resumen su pensamiento al respecto: *Vigilar y castigar* y *El pensamiento del afuera*. La segunda perspectiva que empleamos para analizar la obra política de Foucault es la que abordan dos de sus contemporáneos, Deleuze y Baudrillard. El primero porque es como su *soul mate* y un estudioso de su obra. El caso de Baudrillard es diferente porque nos pide que lo olvidemos, pero, ¿es un olvido en realidad?, ¿qué clase de olvido nos propone? Además, porque es una suerte que ambos hayan dedicado un escrito a su obra. El desarrollo de estas preguntas nos ayudará a cerrar la segunda discusión en torno a la obra política de Foucault.

² Gilles, Deleuze, *Foucault*, Barcelona: Paidós, 1987.

1.1. *Vigilar y castigar: La economía del poder*

Relato y toma de conciencia. Relato de la transformación del poder y toma de conciencia de su utilización en el hombre y por el hombre. Hombre dueño de sí mismo. Hombre dueño de otros y otros dueños del hombre. Estas fórmulas ya no son válidas. *Vigilar y castigar* es un texto que nos enseña a reconocer las nuevas formas del poder. Pedagogía de las formas del poder. Pero esta pedagogía nos propone una nueva forma de ver las cosas. Desengañarnos de las bondades de la Revolución y rechazar la supuesta humanización de las formas de administrar el poder. Reconocer cómo y por qué se aplican estas nuevas formas de poder sobre el hombre. El libro está organizado de tal manera que inicia proponiendo un método de análisis y termina con la exposición de los resultados del análisis. La época que escoge Foucault para su análisis se remonta a finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX, cuando termina el castigo como espectáculo y se relaja la acción sobre el cuerpo del condenado. Para el estudio de este cambio del poder, Foucault traza un itinerario a seguir, una metodología que resume en cuatro reglas:

1) Considerar el castigo como una función social compleja; 2) Analizar los métodos punitivos como técnicas específicas del campo más general de los demás procedimientos de poder. Adoptar en cuanto a los castigos la perspectiva de la táctica política; 3) Situar la tecnología del poder en el principio tanto de la humanización de la penalidad como del conocimiento del hombre; y, 4) Examinar si la entrada del alma en la escena de la justicia penal, y con ella, la inserción de todo un “saber científico”, no será el efecto de una transformación en la manera en que el cuerpo está investido por relaciones de poder. En suma, tratar de estudiar la metamorfosis de los métodos punitivos a partir de una tecnología política del cuerpo donde pudiera leerse una historia común de las relaciones de poder y de las relaciones de objeto. De suerte que por el análisis de la benignidad penal como técnica de poder, pudiera comprenderse a la vez cómo el hombre, el alma, el individuo normal o anormal han venido a doblar el crimen como objeto de la intervención penal, y cómo un modo específico de sujeción ha podido dar nacimiento al hombre como objeto de saber para un discurso con estatuto científico³.

³ Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, 27^a. Ed., México: Siglo XXI Editores, 1997.

El recorrido de este itinerario inicia con un delicado análisis de cuadros medievales, de demostraciones del poder de un enseñoreado rey y de una justicia penal que tenía por método el suplicio. Tanto el uno como el otro son los dos lados de una misma forma, la soberanía imperial, que responde a la vieja fórmula jurídica del derecho arcaico de la venganza, ahora encarnada en el cuerpo del soberano que somete al condenado como bien de su propiedad y con el cual puede realizar todo lo que venga en gana. El rey, representado en el verdugo, no sólo tiene derecho de castigar, sino también de vengarse de quien osó vulnerar su soberanía y obtener por cualquier medio la restitución de su verdad. Suplicio regulado por la ley, dolores interminables para lograr la verdad, verdugos especializados en el arte del dolor, milenarios métodos que se habían ido perfeccionando con la práctica; en resumen, una justicia a la medida de una soberanía real. Y el pueblo, esa masa informe, ambigua, se deleitaba con el espectáculo y a veces exigía compasión por el condenado. Todo, al parecer, es como ahora.

Y luego la Revolución y, con ella, ¿el cambio? Al igual que con la desaparición del rey también desapareció el suplicio, muerte al rey y al suplicio, se gritaba en las calles de París, pero en la trastienda política el nuevo orden necesitaba encaminar el furor y sobre todo buscar a alguien a quien seguir odiando, ese otro, que no somos nosotros. Foucault reúne el pensamiento político de toda una época de buenas intenciones para señalar cómo esas intenciones corresponden a una nueva forma de ver al condenado, y específicamente a su cuerpo, al intentar acuñarse de su potencia, que ahora se quiere poner a órdenes de los regímenes de turno.

La utilización del cuerpo obedece al orden de la producción económica y cualquier intento por dañar el cuerpo, potencial utensilio de esta economía, debe obedecer también a un argumento de orden económico. Esta visión simple del problema va acompañada de lo que para nosotros representa uno de los centros de la teoría de Foucault: aunque es cierto que el cuerpo es ahora cuidado para que sirva en labores de mano de obra, esta visión está acompañada de una nueva forma de control, basada en una nueva *economía*. Esta nueva economía del control de los cuerpos es lo que Foucault denomina *anatopolítica*, a lo largo de toda la obra, es decir, el control exhaustivo del comportamiento de todos los sujetos de la sociedad por una nueva forma de poder que ya no busca la obediencia ciega del súbdito, sino su pasividad en cada una de sus actuaciones. De aquí se desprenden los principios de la transformación del poder. Esta utilización del

cuerpo necesita una nueva tecnología fundada sobre la única base de buscar el mayor aprovechamiento de éste:

Un “saber” del cuerpo que no es exactamente el de las ciencias de su funcionamiento, y un dominio de sus fuerzas que es más que la capacidad de vencerlas. No es posible localizarla ni en un tipo definido de institución, ni en un aparato estatal. Estos recurren a ella; utilizan, valorizan e imponen algunos de sus procedimientos. [...] Hay que admitir que el poder produce saber; que poder y saber se implican directamente el uno al otro; que no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber que no suponga y no constituya al mismo tiempo unas relaciones de poder. Estas relaciones de “poder-saber” no se pueden analizar a partir de un sujeto de conocimiento que sería libre o no en relación con el sistema del poder; sino que hay que considerar, por el contrario, que el sujeto que conoce, los objetos por conocer y las modalidades de conocimiento son otros tantos efectos de esas implicaciones fundamentales del poder-saber y de sus transformaciones históricas. En suma, no es la actividad del sujeto de conocimiento lo que produciría un saber, útil o reacio al poder, sino que el poder-saber, los procesos y las luchas que lo atraviesan y que lo constituyen, son los que determinan las formas, así como también los dominios posibles del conocimiento⁴.

Este cuidado del cuerpo del condenado, como un bien (herramienta) que se debe mantener en buen estado para que pueda servir al propósito económico al que se le tiene dispuesto, Foucault nos lo muestra como la inversión del objeto al que se va tener en la mira del castigo:

El hombre del que se nos habla y que se nos invita a liberar es ya en sí el efecto de un sometimiento mucho más profundo que él mismo. Un alma lo habilita y lo conduce a la existencia, que es una pieza en el dominio que el poder ejerce sobre el cuerpo. El alma, efecto e instrumento de una anatomía política; el alma, prisión del cuerpo⁵.

Imaginemos las maquinaciones que se debieron trazar para llegar a identificar el bien a cuidar: el cuerpo (lo bueno), y el bien a controlar: el alma

⁴ *Ibid*, pp. 33, 34 y 35.

⁵ *Ibid*, p. 35.

(lo malo). Ahora se trata de conservar y de controlar, de preservar en el mejor estado la potencia y de remediar los trastornos de lo que la pone a funcionar. Para esto se necesitan nuevos técnicos del castigo, venidos de ciencias cercanas recién creadas y que al igual que la economía tenían una cierta tendencia a hacer del orden al nuevo rey, resucitar al rey, una vez más, encarnado en el orden, en la ley, para hacer de las pequeñas ofensas el más grande de los crímenes, crear una delincuencia a toda costa, un ejército de condenados para ponerlos a las órdenes de la ley.

Para Foucault este análisis tiene un orden: “La reforma penal ha nacido en el punto de conjunción entre la lucha contra el sobre-poder del soberano y la lucha contra el infra-poder de los ilegalismos conquistados y tolerados. Y si ha sido otra cosa que el resultado provisional de un encuentro de pura circunstancia, es porque entre ese sobre-poder y ese infra-poder se había establecido toda una red de relaciones”⁶. Comienzo y final de la historia moderna lucha por la liberación y por la conquista. Pero este cambio pormenorizado de las costumbres de imponer castigos lleva consigo la invención de una forma que establecerá un modelo general para alinear, formar y almacenar, forma que se conocerá como prisión: “Entre el delito y el regreso al derecho y a la virtud, la prisión constituirá un espacio entre dos mundos, un lugar para las transformaciones individuales que restituirán al Estado los súbditos que había perdido”⁷.

Este nuevo mundo creado entre los otros dos es la solución de una sociedad asustada y resignada ante su nuevo futuro, que acoge en su seno el experimento de los normalizadores de conciencias, que calla sus maquinaciones recluyendo las desviaciones encarnadas en los infractores, este es el resultado de la conciencia de una sociedad aún adolescente, y es ahora cuando podemos decir qué tipo de intrigas se urdieron en contra del sujeto y cómo formaron el *corpus* de lo que hoy se conoce como la humanización de la pena: “en el proyecto de institución carcelaria que se elabora, el castigo es una técnica de coerción de los individuos; pone en acción procedimientos de sometimiento del cuerpo —no signos—, con los rastros que deja, en forma de hábitos, en el comportamiento; y supone la instalación de un poder específico de gestión de la pena”⁸. Gestión, administración, supervisión es todo lo que se necesita para lidiar con

⁶ *Ibid*, p. 92.

⁷ *Ibid*, p. 127.

⁸ *Ibid*, pp. 135, 136.

los condenados, un nuevo saber que surge de las experiencias sobre la masa de detenidos, una forma de imposición que no tiene voz, ni del lado que la ciñe ni del lado que la soporta, la solución final al problema del desorden. A este nuevo saber se le denominó disciplina:

La disciplina fabrica así cuerpos sometidos y ejercitados, cuerpos “dóciles”. La disciplina aumenta las fuerzas del cuerpo (en términos económicos de utilidad) y disminuye esas mismas fuerzas (en términos políticos de obediencia). En una palabra: disocia el poder del cuerpo; de una parte, hace de este poder una “apetitud”, una “capacidad” que trata de aumentar, y cambia por otra parte la energía, la potencia de ello pudiera resultar, y la convierte en una relación de sujeción estricta. Si la explotación económica separa la fuerza y el producto del trabajo, digamos que la coerción disciplinaria establece en el cuerpo el vínculo de coacción entre una aptitud aumentada y una dominación acrecentada⁹.

Foucault no sólo nos muestra las maquinaciones detrás de la creación de este nuevo saber, sino también sus resultados y aplicaciones, es decir, sus rendimientos, porque toda economía da rendimientos, intereses, ganancias:

En resumen puede decirse que la disciplina fabrica a partir de los cuerpos que controla cuatro tipos de individualidad, o más bien una individualidad que está dotada de cuatro características: es celular (por el juego de la distribución espacial), es orgánica (por el cifrado de las actividades), es genética (por la acumulación del tiempo), es combinatoria (por la composición de fuerzas). Y para ellas utiliza cuatro grandes técnicas: construye cuadros; prescribe maniobras; impone ejercicios; en fin, para garantizar la combinación de fuerzas, dispone “tácticas”. La táctica, arte de construir, con los cuerpos localizados, las actividades dosificadas y las aptitudes formadas, unos aparatos donde el producto de las fuerzas diversas se encuentra aumentado por su combinación calculada, es sin duda la forma más elevada de la práctica disciplinaria¹⁰.

Este nuevo poder se conoce por la manera en que involucra cada uno de sus elementos en el interior de la sociedad, hace que cada uno de ellos sea parte esencial del accionar constante de la máquina social, especificando y sobre todo

⁹ *Ibid*, p. 142.

¹⁰ *Ibid*, p. 172.

diferenciando, creando diferencias donde antes no existían. Sus elementos y su diario accionar forman una sola pieza y actúan de conjunto para conseguir un fin, enderezar conductas, y aislar al desviante. Un instante del relato de la normalización que se repite por doquier en todos los lugares que la sociedad ha escogido como los puntos sensibles a controlar. Elementos de una maquinaria específicamente creada para la sujeción total, uno a uno, formando la red de vínculos con los que se crea al nuevo sujeto: “El éxito del poder disciplinario se debe sin duda al uso de instrumentos simples: la inspección jerárquica, la sanción normalizadora y su combinación en un procedimiento que le es específico: el examen”¹¹.

Esta técnica específica puede ser definida como la función de esta forma de control: “No se trata de reconstituir un acontecimiento sino de vigilar sin interrupción y totalmente”¹². Pero las definiciones negativas del poder sólo permiten darnos cuenta de cómo se crea un nuevo sujeto y no de cómo se crea una nueva sociedad alrededor de este nuevo objeto del conocimiento: “el poder produce; produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad. El individuo y el conocimiento que de él se puede obtener corresponden a esta producción”¹³. La unión de todos estos mecanismos de control la encontramos en la prisión, con su modelo panóptico como la perfección a la que siempre se apuntó, punto de encuentro de todos los temores de la sociedad, lugar de reclusión de los apestados modernos. Sueño hecho realidad para los normalizadores que gira en torno a una estructura arquitectónica que deviene el control materializado, la forma ver-sin ser visto, en una sola estructura de forma circular con una torre central producida por el santo de los funcionarios de la prisión, los guardianes: J. Bentham.

La unión de todos estos elementos tenía como objetivo fabricar un nuevo tipo de sujeto, uno confiable, uno que no represente el más mínimo peligro para el ciudadano común, uno en el que fuera él un vecino como cualquiera de nosotros, el readaptado para el trabajo y para la vida en comunidad, pero de pronto surge el inconveniente de su condición de delincuente y su pasado, que debe llevar consigo como historia, como parte de su biografía y que lo limita,

¹¹ *Ibid*, p. 175.

¹² Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, Valencia: Gedisa, 1998, p. 100.

¹³ Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, *op. cit.*, p. 198.

lo condena a permanecer del lado de la delincuencia más que del de la sociedad: aún así, en este nuevo individuo se percibió utilidad, utilidad para el control de los que eran como él, de los que vivían al margen del pacto y que no podían o no querían observar el pacto y es en este momento en que la ciencia apoya al dispositivo y completa el otro lado de la forma, el saber, sin el cual el poder no es nada, ni siquiera acción vivida. Saber del individuo, de su vida, puesto al servicio de los dispositivos de control:

Las condiciones que le deparan a los detenidos liberados, los condenan fatalmente a la reincidencia: porque están bajo la vigilancia de la policía; porque tienen asignada o prohibida la residencia en determinados lugar o lugares; porque no salen de la prisión sino con un pasaporte que deben mostrar en todos los sitios adonde van y que menciona la condena que han cumplido. El quebrantamiento del destierro, la imposibilidad de encontrar trabajo y la vagancia son los factores más frecuentes de la reincidencia¹⁴.

Dentro y fuera, este nuevo sujeto se comprende como resultado de la imposición de un nuevo saber; las inversiones de la prisión dan dividendos fuera de ésta, se crea un poblador permanente de la delincuencia, todo un nuevo campo de relaciones sociales salen a la luz, una nueva forma de crear poder, de vincular al sujeto, de normalizarlo, de individualizarlo, de registrarlo en todo un nuevo campo del saber. Quizá el punto central sobre el que gira todo el cuestionamiento a la manera en que la sociedad pretende solucionar el problema de la delincuencia está en cómo se utilizan los dispositivos para controlar más que para corregir, para crear redes de poder más que para reintegrar al infractor en la sociedad. Es por esto que la prisión como tal debe estar siempre en continuo reordenamiento y se precisa un programa especial que la lleve siempre hacia su reforma, una reforma que parece llevar siempre al mismo lugar del que partió, una reforma que lleva implícita su función: el constante fracaso y el comienzo de una nueva. Reforma de la reforma de la reforma, indefinido comienzo de la implementación de un programa que siempre lleva al mismo lugar, a concebir al sujeto como objeto primero de su fracaso. Si la reforma de la prisión fracasa, no es debido al sujeto víctima de la pena impuesta, sino que, por el contrario, se debe a que no sirve como medio para solucionar un problema, es como si para curar una cortada en un dedo se cortara la mano; la prisión es

¹⁴ *Ibid*, p. 272.

una forma que está condenada al fracaso desde siempre pero que sirve perfectamente a la misión que la sociedad le ha encomendado:

Sería preciso entonces suponer que la prisión, y de una manera más general los castigos, no están destinados a suprimir las infracciones; sino más bien a distinguir las, a distribuir las a utilizar las; que tienden no tanto a volver dóciles a quienes están dispuestos a trasgredir las leyes, sino que tienden a organizar la trasgresión de las leyes en una táctica general de sometimientos. La penalidad sería entonces una manera de administrar los ilegalismos, de trazar límites de tolerancia, de dar cierto campo de libertad a algunos, y hacer prisión sobre otros, de excluir a una parte y hacer útil a otra; de neutralizar a éstos, de sacar provecho de aquéllos. En suma, la penalidad no “reprimiría” pura y simplemente los ilegalismos; los “diferenciaría”, aseguraría su “economía” general. Y si se puede hablar de una justicia de clase no es sólo porque la ley misma o la manera de aplicarla sirvan los intereses de una clase, es porque toda la gestión diferencial de los ilegalismos por la mediación de la penalidad forma parte de esos mecanismos de dominación. Hay que reintegrar los castigos legales a su lugar dentro de una estrategia legal de los ilegalismos. El “fracaso” de la prisión puede comprenderse sin duda a partir de ahí¹⁵.

El círculo se cierra con un dispositivo que complementa la función de la prisión y continúa con la vigilancia aun después de que el delincuente ha dejado los muros que lo retenían; en el encierro, la prisión y en el exterior, la policía. Cerco totalitario y unificante del comportamiento y del pensamiento, cerco del delincuente y de la delincuencia, creados por los dispositivos del control, causa y efecto de la nueva forma de relación social entre los individuos de una sola clase. Reflejo virtual-parcial del sujeto social, el delincuente ya no encuentra razones para permanecer en una sociedad que no reconoce como su territorio habitual y al que deja atrás buscando nuevos territorios para conquistar y para poblar; reducido a los *guetos* de lo social e identificado en su lucha diaria con la clase baja de la población social sin pertenecer por completo a esta; unas veces aliado, otras depredador. Paria total, extranjero en su propia tierra, el *extraño social por excelencia, sin vínculo pero vinculado*:

¹⁵ *Ibid*, p. 278.

El delincuente es un producto de institución [...] E inversamente, el lirismo de la marginalidad puede muy bien encantarse con la imagen del “fuera de la ley”, gran nómada social que merodea en los confines del orden dócil y amedrentado. No es en los márgenes, y por un efecto de destierros sucesivos como nace la criminalidad, sino gracias a inserciones cada vez más compactas, bajo unas vigilancias cada vez más insistentes, por una acumulación de las coerciones disciplinarias. En una palabra, el archipiélago carcelario asegura, en las profundidades del cuerpo social, la formación de la delincuencia a partir de los ilegalismos leves, la recuperación de éstos por aquélla y el establecimiento de una criminalidad especificada¹⁶.

Lo verdaderamente actual del análisis de Foucault no es que aún hoy en día existan prisiones, escuelas u hospitales; lo actual es que estas instituciones se han incrustado en la sociedad sin disimular su función, permeando en todos los ámbitos su poder, el poder de normalizar y diferenciar. A este nuevo poder se le denomina *disciplinario* y así mismo a la sociedad donde se desarrolla. Su referente más próximo es lo carcelario, pero de igual forma encontramos sus expresiones cotidianas y sus tácticas en colegios y hospitales y por eso mismo es que no es sólo en la prisión donde debemos fijar nuestras más agudas críticas, sino allí también donde se manifiesta *lo político* de nuestra sociedad. Cada vez que el individuo sienta que es víctima de la función disciplinaria y de su expresión constante, el examen, debe iniciarse el análisis de Foucault sobre las redes de poder que se tejen a su alrededor, e iniciar la búsqueda de los dispositivos montados para retener su potencial intrínseco de creación. Tratar de detener la normalización y tratar de exponer sus tácticas es una labor de la filosofía en nuestros días; cualquier otra cosa sería promocionar su función disciplinaria y la instauración de los dispositivos que le corresponden, aquí, no hay duda del lugar a ocupar.

1.2. *El pensamiento del afuera*

El pensamiento del afuera es un escrito sobre la literatura de Maurice Blanchot, donde se aborda la escritura de ficción como un matiz de la modernidad y la entrada a una nueva forma de existir del lenguaje; pero también es el escrito donde Foucault pone de presente la desaparición del sujeto, debido a la separación tajante del que enuncia y lo que enuncia. Esta característica pro-

¹⁶ *Ibid*, p. 308.

pia de la literatura moderna y de la escritura abre un nuevo camino al lenguaje, que lo muestra en su propio ser y deja al sujeto desnudo. En este escrito, Foucault no hace sino preguntarse el porqué de la relación entre sujeto y predicado, el porqué de la relación entre significante y significado; y preguntar el porqué es dejar atrás el cómo, es decir, la historia vivida que poco le importa y empezar a vivir un presente en ausencia de todo contexto. Mostrar cómo se vive libre de toda atadura es la intención de este escrito corto de Foucault, cómo el lenguaje libera al sujeto al hacerlo desaparecer, induciéndolo a recorrer caminos desconocidos y proponiéndole rechazar las patentes que pretenden imponersele, pero sólo a través de mostrarle que su vinculación a la ley es una falacia creada por él mismo, ficción al fin y al cabo.

Foucault nos propone que separemos definitivamente *sujeto enunciante* y *lenguaje de enunciación*, que dejemos de pensar en el discurso y en el sujeto que lo enuncia, que dejemos de pensar el discurso como forma de interioridad y lo pasemos del lado contrario para iniciar la retirada que nos haga deshacernos por fin de ese sujeto enunciante, que por serlo debe ser considerado como detentador del poder y de la verdad. Porque sujeto y verdad ahora dejarán de ser sinónimos, ni siquiera antónimos, simplemente estarán en diferentes partes. Es este sujeto el que nos proponen, despojado y miserable, dejado a la ventura y a la suerte de un futuro que no conoce y viviendo en un presente del que no quiere ser el dueño, apenas un poblador, o mejor un visitante que tan pronto llega se va.

Esta forma de existencia del que habla, independiente de lo que dice, hace libre tanto al que enuncia como a su enunciado, siendo éste a su vez independiente de quien lo enuncie, objetividad sin dependencia alguna de la subjetividad, que a su vez convierte al que lo enuncia en un objeto más de la posibilidad de enunciar, existiendo, no sólo en la medida en que puede ser enunciado, sino por el contrario gracias a que no depende de si es enunciado o no. Como dice Foucault, es la liberación de todas las conductas, el dejarlas fuera del alcance de toda enunciación, de toda posibilidad de prescribirlas, lo que las hace ser conductas, lo que no hace imposible su relato, ya que este comporta una simple descripción que no tiene ya nada que ver con éstas, unas y otras son independientes: “La ley es esa sombra hacia la que la necesariamente se dirige cada gesto en la medida en que ella es la sombra misma del gesto que se insinúa”¹⁷.

¹⁷ Michel Foucault, *El pensamiento del afuera*, 3ª. Ed., Valencia: Pre-Textos, 1993, p. 46.

Sujeto, lenguaje y ley, he ahí lo que se nos insinúa, autónomos en su accionar, pueblan diferentes campos, crean diferentes campos de saber y de poder. Sujetos agobiados por sus acciones, lenguajes de incredulidad ante lo inenunciable, leyes que prescriben tanto los unos como los otros; todos en diferentes estados, independientes de si el sujeto existe, el lenguaje enuncia, o si se observa o se trasgrede la ley. Todos en diferentes tiempos, el sujeto siempre en el presente, el relato siempre en lo que ya pasó, condenado a repetir los hechos y la ley en lo que va a pasar, *promesa* de aquello que aún no sucede y que lo más posible es que no se vaya a cumplir.

Pero lo que en verdad se nos pide es mucho más, es *olvidar*, olvidar lo que se nos ha dicho que somos, olvidar lo que se nos ha relatado, especialmente los mitos, y olvidar lo que se nos propone que seamos. Dejar a un lado lo que somos, para ser, simplemente ser y dejar ser tanto al relato como a la ley. Perder la inocencia con la que se nos ha vinculado desde el nacimiento, acoger una realidad de conductas y dejar que los relatos y la ley juzguen o prescriban, pero siempre desde el exterior. Ya no ser sino un afuera, actividad pura, que no puede ser alcanzada por nada por ser única e irrepetible. Impedir la formalización del lenguaje o la virtualización de la ley; bloquear y escapar. Y aquí encontramos al otro que no es tampoco el yo, ni el tú, es el idéntico a mí por sus acciones, esas otras acciones que ponen límite a las mías, ese accionar sin límite que no encuentra resistencia sino en mi accionar; no cara y sello, sino cara y cara o sello y sello. Encuentro del desencuentro entre un Yo en el él del otro, escuchando una voz en el aire que se manifiesta en su imposibilidad de imposición y en su espera, espera por respuestas a las preguntas que no terminan, inicio sin fin del interrogatorio y de las respuestas. Redes inaudibles que ponen de manifiesto la anonimidad del lenguaje.

Durante mucho tiempo se creyó que el lenguaje era dueño del tiempo, que servía tanto como vínculo futuro en la palabra dada que como memoria y relato; se creyó que era profecía o historia; se creyó también que su soberanía tenía el poder de hacer aparecer al cuerpo visible y eterno de la verdad; se creyó que su esencia se encontraba en la forma de las palabras o en el soplo que las hacía vibrar. Pero no es más que rumor informe y fluido, su fuerza está en su disímulo; por eso es una sola y misma cosa con la erosión del tiempo; es olvido sin profundidad y vacío transparente de la espera¹⁸.

¹⁸ *Ibid*, p. 77.

Acción, pura y simple, que una vez que ha sucedido desaparece en cuanto aparece; ese es el lenguaje. Acción pura, que se debe olvidar, para volver a iniciar el círculo interminable de preguntas y contrapreguntas sin respuesta, sin conclusión; en resumen, dejar ser al lenguaje, en su propio ser y no añadirle nada más para que pueda desaparecer y ser olvidado en el mismo instante en que aparece.

1.3. *Alrededor de Foucault: Deleuze y Baudrillard*

Admiración y desprecio es lo que Foucault ha producido. Admiración por descubrir nuevos campos de la sociedad y sus entramados, la historia no contada de la transformación del poder, una que no tiene en cuenta *lo político*, y que por lo mismo crea un halo de desconfianza en los que han puesto sus más caros anhelos en las instituciones que creen detentar la esencia de un campo que esperan, pero que nunca llega. Admiración por la labor desempeñada no sólo a nivel intelectual sino social. Por mostrar el desplazamiento que ha sufrido el campo político hacia nuevas formas de ejercicio y la reacción de sus viejos detentadores para retener lo que ya no les pertenece. Admiración por descubrir la matriz detrás de lo social, por despertar en el sujeto una nueva forma de criticar lo político de la sociedad, por enseñar a enfrentar los retos que la política le genera a lo social. Foucault es uno de los primeros en mostrar las exigencias que se le hacen a lo social desde la política, de mostrar cómo trabaja lo político en su beneficio, dejando de lado lo social; ese sector de lo político que se preocupa más por detentar el poder que por ejercerlo.

La principal crítica que se le hace a Foucault viene del miedo que le genera a sus detractores saber que el pensamiento ya no sirve como forma de transformación del sujeto y que esto ha sido dejado en manos de los nuevos científicos del comportamiento. Sus detractores no pueden entender cómo se puede llegar a entregar lo que le había pertenecido a la filosofía de los últimos dos siglos, es decir, dejar de creer en una razón omnipotente, capaz de transformar al sujeto. Esto es lo que, más que molestarlos, no pueden entender; esa *traición* a la razón, diseñada con tanto cuidado, para presentar *cuadros* donde se deja de lado el discurso y prepondera la descripción. Muerte al discurso y a todo lo que representa, muerte a la razón, especialmente a la razón política.

Lo que realmente le molesta a los detractores de Foucault es el haber sido despojados de la palabra, el tener que ceder la palabra, el sentirse desnudos ante

la palabra. Pero es que ahora las descripciones son mucho más potentes que los discursos, por más racionales y *seductores*¹⁹ que sean; estos ya no penetran en las masas de inconformes. Se ha dejado de creer en lo político del poder y eso es una herejía para la mayoría de los que ingenuamente pretenden defender la razón de lo político. Lo que ha muerto no es el poder, sino lo político: y empieza a despedir un aroma a caño que todo lo impregna. Esa es la nueva política, intenta deshacerse del hedor que expele pero sólo para expeler uno más fuerte, el de la muerte. Eso es lo que le molesta a los detractores de Foucault²⁰.

2. Una oportunidad para la diferencia: *El antiedipo* y *Mil mesetas*

Ha sido una preocupación primigenia de la filosofía, y no menos de la filosofía francesa el entender al sujeto. Deleuze y Guattari no se dan por bien servidos con los autores y escritos clásicos que examinan al sujeto y, por el contrario, se proponen *subvertir al sujeto*²¹. Las dos obras tienen como eje central una crítica descarnada a la teoría psicoanalítica clásica tanto desde el marxismo como desde la teoría de sistemas que Gregory Bateson²² incluyó en sus estudios sobre psiquiatría (aunque ni siquiera el mismo Bateson se libra de sus críticas). Con gran cantidad de referencias literarias, las obras encuentran en los literatos uno de sus principales ejemplos, ya sea tanto para su crítica como para sus alabanzas. En cuanto a la redacción, los autores no permiten discernir dónde empieza uno u otro, es más, prefieren expresar que son sólo uno atravesado por diferentes *flujos*.

¹⁹ A Baudrillard le conviene revisar la obra de Humberto Maturana para darse cuenta de la similitud de sus formulaciones antes de criticar sin reflexionar. Humberto Maturana, *La realidad: ¿objetiva o construida?* Vol. II. *Fundamentos biológicos del conocimiento*, Barcelona: Universidad Iberoamericana /Iteso/Anthropos, 1996, pp. 34 y ss., especialmente p. 37.

²⁰ Nos detenemos aquí, ya que la labor es reseñar la labor intelectual de Foucault y no sus actuales resultados.

²¹ Jacques Lacan, “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano,” en *Escritos*, México: Siglo XXI editores, 1985.

²² Gregory Bateson, *Steps to an ecology of mind*, Northvale, New Jersey: Jason Aronson Inc., 1987.

*El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*²³, la primera de las dos obras en ser publicada, cuenta con cuatro capítulos y un apéndice. El primer capítulo está dedicado a diferenciar al sujeto de otros objetos que el psicoanálisis pudiera tener como su centro de estudio; el segundo lo dedican a una crítica de la familia como único material epistemológico del cual se ha valido la psiquiatría; en el tercero se incluye una visión de las distintas sociedades históricas desde la perspectiva de un sujeto histórico; en el cuarto y último, el interés se centra en sentar las bases de una nueva práctica psiquiátrica: el esquizoanálisis, mediante una tarea destructiva y dos constructivas. *Mil mesetas, Capitalismo y esquizofrenia*²⁴, presentado por los autores como la continuación de *El antiedipo*, cuenta con quince capítulos (el primero es una introducción y el último una conclusión), y, a diferencia de *El antiedipo*, esta obra es de una configuración más creadora, no hay sino que repasar su primer capítulo (Rizoma) para darse cuenta que la intención de los autores esta vez es delinear no sólo un estatuto para la práctica psiquiátrica, sino también uno para la acción del sujeto. Para esta labor son de especial interés los capítulos doce (La máquina de guerra) y trece (El aparato de captura), en los cuales se replantea la visión de la sociedad desde el sujeto y se ubica al Estado como opuesto a la labor creativa de éste. Esta obra cuenta con una tendencia más marcada hacia la epistemología de la teoría de sistemas aplicada a la biología; dispone de un arsenal de teóricos franceses que se han dedicado a ello, entre los que se encuentran Edgar Morin²⁵, Rene Thom²⁶ y Michel Serres²⁷, y nuevamente recupera la tesis de

²³ Gilles Deleuze et Felix Guattari, *L'Anti-Oedipe*. Paris: Les Éditions de Minuit, 1972. (En español, *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia* (traductor Francisco Monge), Barcelona: Barral Editores, 1974).

²⁴ Gilles Deleuze et Felix Guattari, *Mille plateaux (capitalisme et schizophrénie)*, Paris: Les Éditions de Minuit, 1980. (En español, *Mil mesetas* traductor José Vásquez Pérez con la colaboración de Umbelina Larraceleta), Valencia: Editorial Pre-Textos, 1988).

²⁵ Edgar Morin, *El método 1. La naturaleza de la naturaleza*, Madrid: Cátedra, 1981.

²⁶ Rene Thom, *Estabilidad estructural y morfogénesis. Ensayo de una teoría general de los modelos*, Barcelona: Gedisa. 1987.

²⁷ Michel Serres, *El nacimiento de la física en el texto de Lucrecio. Caudales y turbulencias*, Valencia: Pre-Textos, 1994.

Gregory Bateson (el título del libro es sacado de un término acuñado en *Steps to an ecology of mind*²⁸).

Si existe un hilo conductor entre los dos textos, es el concepto de *Double Bind* (acuñado también por Bateson), que señala una situación en la cual, no importa qué haga una persona, no puede ganar (no puede escapar, sería más ajustado a la realidad). Los ingredientes necesarios para que esta situación de doble vínculo se dé, son: 1) dos o más personas donde una de ellas es la víctima; 2) una experiencia repetitiva (un primer mandato) que se estructura como estructura habitual; 3) un contexto de aprendizaje basado en el castigo más que en el contexto de buscar recompensas; 4) un segundo mandato que entra en conflicto con el primero, pero sin utilizar palabras (por ejemplo, posturas, gestos, tono de voz, etc.). Un elemento del segundo mandato choca con uno del primer mandato (verbalización de lo anterior: no vea esto como un castigo, no me vea como un agente de castigo; 5) el escape de la situación es imposible; 6) finalmente, ninguno de los elementos es necesario cuando la víctima los ha interiorizado como una estructura²⁹. Deleuze y Guattari ven en este concepto una *línea de fuga*, tanto para la teoría psicoanalítica, como para la economía política, ya que éste plantea una situación, donde el contexto que rodea al sujeto opera de tal manera que condiciona sus acciones hasta el punto en que éste ya no es dueño de las mismas, en una palabra, ha perdido todo control de sí mismo y encuentra inútil revelarse ante tal situación. La crítica a esta situación de la sociedad es llevada a cabo desde el marxismo³⁰, y aquí hay que tener en cuenta que la teoría marxista hace una diferencia primordial entre infraestructura y estructura, donde la primera se refiere a la producción (económica) como tal, y la segunda a lo que sostiene esta producción, es decir, al *régimen* sobre el que se ha montado esta producción.

²⁸ Gregory Bateson, "Toward a Theory of Schizophrenia", en *Steps to an ecology of mind*, Northvale, New Jersey: Jason Aronson Inc., 1987, pp. 201-227.

²⁹ *Ibid*, pp. 206 a 208.

³⁰ Para una visión de la teoría marxista desde la teoría de sistemas ver: Piotr Sztompka, *Sistem and Function. Toward a theory of society*, New York: Academic Press, 1974.

La crítica está acompañada de una visión nietzscheana³¹ del hombre, que lo hace ver como en *retirada*, pero esta *huida* sólo lo es en la medida en que el hombre deja atrás su condición de sujeto trascendente, privilegiado por una protección celestial que no lo deja salir de su cascarón; ¡liberar al sujeto!, esto es lo que se pide, darle su mayoría de edad, dejarlo cometer errores y reconocer en la historia cómo se han cometido en su contra. Al lado de estas teorías encontramos una crítica a la semiótica saussuriana desde la teoría del lenguaje de Hjelmslev. Destruir y construir, esto es lo que realmente proponen Deleuze y Guattari. Destruir los cimientos epistemológicos sobre los que se han construido tanto la teoría del sujeto, que ya no es la filosofía sino la psiquiatría (¿qué van a hacer ahora los filósofos?), como la teoría de la sociedad y construir una nueva epistemología para la ciencia del sujeto, sobre la cual, libre de condicionamientos tanto sociales como familiares, pueda poblar (entender) la historia nuevamente.

Así, en *El antiedipo* la propuesta es reintroducir al hombre en una historia de la que éste se pueda adueñar y en *Mil mesetas*, sentar un estatuto político que le permita conocer al hombre cuál es su situación en esta historia de la cual ahora es dueño y responsable de sus acciones. Para esto, el escrito estará dividido en tres capítulos, el primero dedicado a *El antiedipo*, su crítica a la psiquiatría aplicada a la historia y la reconstrucción de una historia de la cual el hombre pueda adueñarse; el segundo versará sobre *Mil mesetas*, y se centrará en cómo es posible tener un estatuto político acorde con este hombre dueño de su historia, y el tercero y último será una reflexión sobre dos casos que servirán como ejemplo, el primero, la relación médico-paciente en la psiquiatría, y el segundo, una crítica a la teoría sociológica que deriva de Weber.

2.1. *El antiedipo*

¡Nos han robado la historia! ¿Quién nos ha robado la historia? ¿Acaso alguna vez fue nuestra historia? O sólo es la Historia, la oficial, la única. Lo que se nos ofrece en esta obra es una oportunidad para recuperar no sólo la historia, sino, en primer lugar, a nosotros mismos. La crítica al psicoanálisis, emprendida desde su interior por Jacques Lacan, socavó sus bases, pero no logró derribar el monolito. Fue Lacan quien nos advirtió sobre los peligros de entre-

³¹Nietzsche, Federico, *Genealogía de la moral*, Medellín: Editorial Bedout, 1975.

garnos a una ciencia que prescribiera nuestra forma de pensar y fue Foucault quien nos advirtió sobre cómo nos estaban robando nuestra historia; pero ninguno de los dos logró remontar el *peñasco*. Con Deleuze y Guattari encontramos el nombre de ese *peñasco*: Edipo, y somos tanto tú, como yo, es el peligro de entregar nuestros deseos a otros que no seamos nosotros mismos. En cada uno de nosotros existen los dos polos, el reaccionario y el revolucionario, pero, ¿depende de nosotros cuál prevalecerá? Al parecer, sí, pero nos encontramos ante la disyuntiva de cuál es el mejor camino a recorrer, ¿el neurótico-paranoico o el esquizofrénico? Aquí nos dedicaremos a reseñar los cuatro paralogismos del psicoanálisis, un nuevo estatuto para la práctica psiquiátrica: el esquizoanálisis y cómo Edipo se encuentra presente en todas las *formaciones sociales*.

El siglo XX ha sido especialmente fecundo en críticas a la epistemología (Popper y Kuhn, para nombrar tan sólo a los más conocidos), pero pocos logran pasar esta etapa de crítica y diseñar un nuevo programa. Esta labor había sido encomendada a la filosofía desde los primeros tiempos, pero, en el curso de la historia, la filosofía enturbió su curso. Uno de los propósitos de Deleuze y Guattari es devolverle esa tarea a la filosofía³², y en *El antiedipo* esa labor es llevada a cabo como recuento crítico histórico, como la búsqueda de espacios afines con otras ciencias y sobre todo como forma para detectar errores que se hayan cometido contra el hombre en el desarrollo histórico de la ciencias, porque las ciencias también pueden cometer errores, no hay que olvidar que el científico también (y en primer lugar) es un hombre. Esta labor es mucho más agradable que la de decidir los destinos o prescribir morales; ahora, si al criticar la epistemología se encuentran nuevas formas de actuar, acaso de manera revolucionaria, ¿esa sería una consecuencia benéfica, pero no deseada? Para Deleuze y Guattari, esta debería ser una consecuencia de todo diseño epistemológico, resultado de la crítica.

El hombre está en la mira de las ciencias tanto al nivel físico como psíquico. Cada una de estas tiene un estatuto propio y le sirve para justificar su actuar como científico. Pero al lado de estas ciencias existen otras que se nutren de estos conocimientos, y es ahí donde surge el peligro, recordemos la frenología, que se daba el lujo de caracterizar al hombre dependiendo del tamaño y con-

³² Guilles Deleuze y Felix Guattari, *¿Qué es la filosofía?*, Barcelona: Anagrama, 1993.

torno de su cabeza. Una vez se hayan superado estas etapas grises, ¿podría decirse que se puede respirar con más tranquilidad? Se puede decir que sí, pero sólo en la medida que tales ciencias encuentren formas de mejorar su cientificidad y de ahí la importancia de la epistemología. El psicoanálisis se ha desarrollado sobre una epistemología que no ha respetado a quienes le sirve, no al psicoanalista por cierto, sino al paciente. Pero, el psicoanálisis no es del todo responsable; la sociedad y el mismo hombre también tiene su parte en ello y esta es la única forma de verlo. No para señalar culpables, aunque así se haga, sino para corregir sus errores. Por cierto, una ley, cualquiera sea, no puede lidiar con la contingencia, y por tanto, no puede con el futuro, que parece ser un campo especialmente sensible a la ciencia.

Deleuze y Guattari no son los primeros en iniciar una crítica contra el psicoanálisis, ya se había mencionado a Lacan y no debe olvidarse la antipsiquiatría, pero estos intentos nunca tuvieron en cuenta a las víctimas de sus errores. Un psicoanalista, él mismo no puede ser paciente, no porque no se pueda *enfermar*, sino porque no se puede dar cuenta de que su cura es parte del mal, por lo que también pueden ser blancos de estas críticas. Gran parte de *El antiedipo* se dedica a cuestionar las bases sobre las que se ha montado el psicoanálisis y a demostrar como éste puede y ha sido utilizado para *normalizar* al hombre de acuerdo con un estado de cosas que sólo beneficia a unos pocos. Estos errores epistemológicos son presentados por Deleuze y Guattari en cinco paralogismos. Un primer paralogismo en el psicoanálisis es:

el curioso paralogismo que implica un uso trascendente de las síntesis del inconsciente: pasamos de los objetos parciales al objeto completo separado, de donde se derivan las personas globales por asignación de carencia [...] la castración y la edipización engendran una ilusión fundamental que nos hace creer que la producción deseante real es justicia de formaciones más altas que la integran, la someten a leyes trascendentes y le sirven a una producción social y cultural superior: entonces aparece una especie de “desprendimiento” del campo social con respecto a la producción del deseo, en nombre del cual todas las resignaciones están desde un principio justificadas³³.

³³ Gilles Deleuze y Felix Guattari, *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, op cit., pp. 79-80.

Para Deleuze y Guattari, las síntesis del inconsciente nada tienen que ver con un triángulo edípico, en tanto que:

El deseo no carece de nada, no carece de objeto. Es más bien el sujeto quien carece de deseo, o el deseo quien carece de sujeto fijo; no hay más sujeto fijo que por la represión. El deseo y su objeto forman una unidad: la máquina, en tanto que máquina de máquina. El deseo es máquina, el objeto del deseo es todavía máquina conectada, de tal modo que el producto es tomado del producir, y que algo se desprende del producir hacia el producto, que va dar un resto al sujeto nómada y vagabundo. El ser objetivo del deseo es lo Real en sí mismo³⁴.

(...)

El único sujeto es el propio deseo sobre el cuerpo sin órganos, en tanto que máquina objetos parciales y flujos, extrayendo y cortando unos con otros, pasando de un cuerpo a otro, según conexiones y apropiaciones que cada vez destruyen la unidad facticia de un yo poseedor o propietario (sexualidad anedípica)³⁵.

En cada uno de los *socius*, el deseo es triangulado, encerrado en Edipo, *reprimido* por todos los lados edípicos, forzado a llevar el camisón del color que la sociedad quiere. Pero esto no pasa sin la aquiescencia de *los portadores de la verdad*. Deleuze y Guattari los llaman los hombres de gris, estos sí sujetos, sujetos del *socius* y para el *socius*, porque ni siquiera producen para sí.

El segundo paralogismo del psicoanálisis está compuesto por una serie de dos polos que encierran el deseo: “el ‘double bind’ no es más que el conjunto de Edipo. Es en ese sentido que Edipo debe ser presentado como una serie, en la que oscila entre dos polos: la identificación neurótica y la interiorización llamada normativa”³⁶. Este pareciese ser el centro de la denuncia de Deleuze y Guattari, otra vez el papá-mamá, otra vez la familia, ¡también tú, Gregory B.! No cabe duda que debe existir una familia, pero, ¿es ésta el centro de todo lo que se produce? y, aún más importante, ¿es el límite de la producción deseante? Actualmente, los psicoanalistas parecen responder estas preguntas al unísono:

³⁴ *Ibid.*, p. 34.

³⁵ *Ibid.*, p. 78.

³⁶ *Ibid.*, p. 85.

¡Llamad al asilo o a la policía! “El psicoanálisis llama ‘resolver’ (superar) Edipo: interiorizarlo para poderlo recobrar mejor en el exterior en la autoridad social, y con ello dispersarlo, pasándolo a los pequeños”³⁷.

El tercer paralogismo del psicoanálisis es la aplicación biunívoca de Edipo: “Todo se aplica a él, en el sentido que los agentes y las relaciones de la producción social, y las catexis libidinales que le corresponden son volcados en las figuras de la reproducción familiar. En el conjunto de partida está la formación social, o más bien las formaciones sociales; las razas, las clases, los continentes, los pueblos, los reinos, las soberanías; Juana de Arco y el Gran Mongol, Lutero y la Serpiente Azteca. En el conjunto de llegada no hay más que papá, mamá y yo”³⁸. Con esto se quiere decir que en toda formación social, en algún momento, todo debe interpretarse como derivado o sustituto de las figuras parentales: “Se produce un uso defectuoso de la síntesis conjuntiva, que hace decir ‘luego era tu padre, luego era tu madre’”³⁹.

El cuarto paralogismo del psicoanálisis es el desplazamiento de lo reprimido: “En un mismo movimiento, la producción social represiva se hace reemplazar por la familia reprimente y ésta da de la producción deseante una imagen desplazada que representa lo reprimido como pulsiones familiares incestuosas”⁴⁰ ... “Actuamos como si la experiencia deseante ‘se’ relacionase con los padres, y como si la familia fuese su ley suprema”⁴¹. La familia es un conjunto dedicado a reprimir el deseo en su etapa primigenia, para detenerlo en una etapa en que su formación aún es fácil de domesticar. Esta es la función de la familia, domesticar a los sujetos. Doblegar el deseo a la revolución. Impedir que surja y regar en la tierra sal para que nunca más vuelva a crecer.

El quinto y último paralogismo del psicoanálisis tiene que ver con el carácter privativo y ulterior de los factores actuales: “el factor actual no cesa de ser privativo más que a condición de gozar de los derechos del Ideal, y no cesa de ser un ‘después’ más que a condición de convertirse en un ‘más allá’, que debe ser significado anagómicamente por Edipo en lugar de depender de él analíti-

³⁷ *Ibid.*, pp. 85, 86.

³⁸ *Ibid.*, p. 107.

³⁹ *Ídem.*

⁴⁰ *Ibid.*, p. 125.

⁴¹ *Ibid.*, p. 126.

camente”⁴². Por el contrario, Deleuze y Guattari consideran que “las regresiones y las progresiones sólo se efectúan en el interior de los vasos artificialmente cerrados de Edipo y dependen, en verdad, de un estado de fuerzas cambiantes, pero siempre actual y contemporáneo, en la producción deseante anedípica. La producción deseante no tiene más existencia que la actual; progresiones y regresiones son tan sólo las realizaciones de una virtualidad que siempre se halla tan perfectamente llena como puede serlo en virtud de los estados del deseo”⁴³. No hay que interpretar nada, no hay significantes que rijan como modelo único de interpretación; si eso fuese así, lo sería sólo como significante virtual, en comparación a la producción deseante, lo real y actual. No hay que buscar ni más allá, ni más acá. Sólo aquí y ahora.

Si bien es cierto que las ciencias sociales han carecido de una suficiente explicación de los fenómenos que plantea el inconsciente a la historia y que se ha atribuido a *manos misteriosas* (invisibles) efectos no deseados en la historia, no es por falta de estudiosos que hallan hecho uso de las teorías psicoanalíticas; ejemplo de esto es G. R. Taylor, quien nos presenta una visión de la sociedad inglesa del siglo XVIII y principios del XIX (1750-1850). Su interés principal es brindar una visión del inconsciente de la clase mercantil, que supo imponer su moral ante la clase aristócrata (y no ante la clase baja o trabajadora), cambiando su moral y logrando también así un cambio social.

El principal acicate teórico de Taylor es la ortodoxia freudiana que desarrollaron teóricos de la Europa oriental (Flugel, etc.). Taylor propone dos polos extremos (neuróticos), uno patrlista y uno matrlista. El patrlista tendría como eje una tendencia autoritaria, la consideración de la mujer como el sexo débil y la preocupación por la propiedad. El matrlista tiene en gran estima el bienestar colectivo y social, “considera que la principal meta de la vida es el placer, no el deber. Sabe evaluar la felicidad; se esfuerza por alcanzar la igualdad de las mujeres, y también trabaja por numerosas causas sociales que tienden a disminuir el sufrimiento y a derribar las barreras que la sociedad erige en el camino de la asociación humana”⁴⁴.

⁴² *Ibid.*, pp. 133, 134.

⁴³ *Ibid.*, p. 135.

⁴⁴ John McLeish, “El psicoanálisis: Estructura de la personalidad, política y cambio social”, en *La teoría del cambio social. Cuatro perspectivas*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 1984, pp. 66 a 106, especialmente 80 y 81.

La teoría de Taylor señala que la mayoría de la gente presenta una mezcla de patrista y matrasta. Para explicar cómo “las actitudes y normas de la clase media mercantil llegaron a ser aceptadas por la clase gobernante”⁴⁵, Taylor argumenta que esas actitudes surgieron de la *nursery* y de la relación que existe entre la obsesión puritana por la culpa y la muerte. El principal argumento del estudio de Taylor es que:

La asociación entre capitalismo y protestantismo, a la que tanta importancia dan Weber, Troeltsch y Tawney, no es una relación de causa y efecto. Tampoco es una conjunción e inevitable. El hecho es que las “virtudes comerciales” no se derivan del cristianismo: surgen a pesar de las más claras directivas que contra ellas se encuentran en el Nuevo Testamento. Son los elementos anales de la personalidad puritana los que constituyen la verdadera fuente de las “virtudes comerciales”; y que explican el carácter moralizador de este grupo (que tienen ninguna conexión con la religión como tal). La intensidad con que estas características seudoreligiosas se expresan en la personalidad puritana se debe a la fuerza de la identificación con la figura paterna. Las dos clases de aparente factor causal, la identificación con el padre y la fijación anal, deben explicarse por la crianza en la *nursery* del niño puritano. La moral patrista cobró el predominio en el siglo XVIII como consecuencia directa del triunfo comercial de las clases medias mercantiles: históricamente fueron los portadores del “mensaje”⁴⁶.

En resumen, Taylor diseña una teoría donde el motor del cambio social es la personalidad creada para el niño en el medio de su crianza y para el periodo de tiempo analizado: “La razón de la aceptación de las costumbres de la clase media por la sociedad en general se encuentra en su creciente dominio de las palancas de poder”⁴⁷. Un análisis histórico fundado en la teoría psicoanalítica de Freud no difiere mucho de la teoría que él mismo critica. Taylor no pone en duda ninguna de las razones que Freud utiliza en sus desarrollos teóricos y su análisis se limita a señalar causas distintas para

⁴⁵ *Ibid*, p. 84.

⁴⁶ *Ibid*, pp. 94 y 95.

⁴⁷ *Ibid*, p. 106.

efectos similares a los que llegan Weber o cualquiera de sus seguidores. La alternativa está en la crítica de la epistemología que utiliza Freud; así, sería imposible utilizar a los padres como factores del cambio social e identificar al verdadero motor de éste: el deseo.

Frente a la ortodoxia psicoanalítica, Deleuze y Guattari formulan un esquizoanálisis. Esta es la propuesta concreta de los autores para deshacer-nos de Edipo. De aquí en adelante nos dedicaremos a analizar su propues-ta y las tres tareas que componen su teoría esquizoanalítica. El principal argumento de la teoría esquizoanalítica de Deleuze y Guattari es: “La tesis del esquizoanálisis es simple: el deseo es máquina, síntesis de máquinas, dis-posición maquinica-máquinas deseantes. El deseo pertenece al orden de la producción, toda producción es a la vez deseante y social”⁴⁸. El deseo no cree en nada, no conoce nada, ni a papá ni a mamá ni a un yo. La importancia de este descubrimiento, ya presente en Freud, pero luego deformado por él y sus seguidores, radica en la posibilidad de eliminar el mito y la tragedia, la representación, el fantasma y toda creencia trascendente aparte del mis-mo deseo. Al lado de esta producción deseante existe la social, son una mis-ma. El deseo es un asunto de economía, economía libidinal y social.

La producción social es tan sólo la propia producción deseante en condi-ciones determinadas. Nosotros decimos que el campo social está inmedia-tamente recorrido por el deseo, que es su producto históricamente determinado, y que la libido no necesita ninguna mediación ni sublimación, ninguna operación psíquica, ninguna transformación, para cargar las fuer-zas productivas [...] Incluso las formas más represivas y más mortíferas de la reproducción social son producidas por el deseo, [...] Por ello, el problema fundamental de la filosofía política sigue siendo el que Spinoza supo plan-tear (y que Reich redescubrió): “¿Por qué combaten los hombres por su ser-vidumbre como si se tratase de su salvación?” Cómo es posible que se llegue a gritar: ¡queremos más impuestos! ¡menos pan! Como dice Reich, lo sor-prendente no es que la gente robe, o que haga huelgas; lo sorprendente es que los hambrientos no roben siempre y que los explotados no estén siem-pre en huelga [...] no, las masas no fueron engañadas, ellas desearon el fas-

⁴⁸ Gilles Deleuze y Felix Guattari, *El antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, op. cit., p. 306.

cismo en determinado momento, en determinadas circunstancias, y esto es lo que precisa explicación, esta perversión del deseo gregario⁴⁹.

Las tareas del esquizoanálisis están divididas en tres: una destructiva y dos constructivas. La tarea destructiva está encargada de eliminar los paralogismos del esquizoanálisis: “Tarea destructiva del esquizoanálisis: Destruir creencias y representaciones, escenas de teatro”⁵⁰. Las tareas positivas de diseñar una nueva epistemología: “La primera tarea positiva consiste en descubrir en un sujeto la naturaleza, la formación o el funcionamiento de sus máquinas deseantes, independientemente de cualquier interpretación”⁵¹ y la segunda tarea positiva:

Hay fundamentalmente dos polos [...] Lo molar (social) y lo molecular (deseante) tienen una relación de disyunción incluso, que varía tan sólo según los dos sentidos de la subordinación, según que los fenómenos moleculares se subordinen a los grandes conjuntos, o que, al contrario, se los subordinen [...] En uno de los polos, los grandes conjuntos, las grandes formas de gregarismo no impiden la fuga que los vence y no opone la catexis paranoica más que como una “fuga ante la fuga”. Pero, en el otro polo, la fuga esquizofrénica no consiste tan sólo en alejarse de lo social, en vivir al margen: hace huir lo social por la multiplicidad de agujeros que lo atraviesan y lo roen, siempre apresándolo, disponiendo por todas partes las cargas moleculares que harán estallar lo que debe estallar, caer lo que debe caer, huir lo que debe huir, asegurando en cada punto la conversión de la esquizofrenia como proceso en fuerza revolucionaria [...] El esquizo no es revolucionario, pero el proceso esquizofrénico (del que el esquizo no es más que la interrupción, o la continuación en el vacío) es el potencial de la revolución⁵².

Estas tres tareas del esquizoanálisis dan como resultado cuatro tesis. La primera: “Toda catexis es social y de cualquier modo conduce a un campo so-

⁴⁹ *Ibid*, p. 36.

⁵⁰ *Ibid*, p. 324.

⁵¹ *Ibid*, p. 332.

⁵² *Ibid*, pp. 350, 351.

cial histórico”⁵³; la segunda: “Se deberá distinguir en las catexis sociales, la catexis libidinal inconsciente de grupo o de deseo y la catexis de clase o de interés”⁵⁴; la tercera: “Las catexis libidinales del campo social priman sobre la catexis familiar. La relación con lo no-familiar siempre es primera, bajo la forma de la sexualidad de campo en la producción social y del sexo no humano en la producción deseante”⁵⁵; y la cuarta: “Existe una distinción entre los dos polos de la catexis libidinal social, el polo paranoico, reaccionario, fascista, y el polo esquizoide revolucionario”⁵⁶.

El principal logro del esquizoanálisis es haber recuperado el polo revolucionario en la historia:

El psicoanálisis retira el segundo polo en el movimiento propio al capitalismo, que sustituye las grandes representaciones objetivas determinadas por la representación subjetiva infinita. Es preciso, en efecto, que el límite de los flujos descodificados de la producción deseante sea conjurado, desplazado, dos veces, una vez por la posición de límites inmanentes que el capitalismo no cesa de reproducir a una escala cada vez más amplia, la otra por el trazado de un límite interior que vuelca esta reproducción social en la reproducción familiar restringida⁵⁷.

Por último, al reconstruir la historia, Deleuze y Guattari nos muestran una visión de la historia que se hace desde el deseo.

¿Y la política? Bueno, aquí puede que nosotros deseemos ni siquiera haber preguntado, porque nos responderán con una bofetada. Un ¡despierta! ¡desea, sólo desea! Cuando se deja de desear y se empieza a creer, a creer en Edipo, en la representación, en la castración, damos paso a la antiproducción. Si las máquinas producen, producen deseo; pero, entonces ¿qué es la antiproducción? Deleuze y Guattari distinguen los esquizoflujos (límite absoluto), la formación capitalista (límite relativo), el riesgo de que el límite llegue o alcance la formación social (límite real), este límite inhibido proyectado so-

⁵³ *Ibid.*, p. 352.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 354.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 367.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 377.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 313, 314.

bre una matriz mítica (límite imaginario) y el desplazamiento del límite que frecuente todas las sociedades, lo representado desplazado que desfigura lo que todas las sociedades temen absolutamente como su más profundo negativo, a saber, los flujos descodificados del deseo (Edipo es este límite desplazado). Pero nos hacen una advertencia:

Con esto no decimos que este límite universal edípico esté “ocupado”, estratégicamente ocupado, en todas las formaciones sociales. Debemos tomar en todo su sentido la observación de Kardiner: un hindú o un esquimal pueden soñar Edipo sin estar por ello sometidos al complejo, sin “tener el complejo”. Para que Edipo sea ocupado son indispensables un cierto número de condiciones: es preciso que el campo de producción y de reproducción sociales se haga independiente de la reproducción familiar, es decir, de la máquina territorial que declina alianzas y filiaciones; es preciso que en favor de esta independencia los fragmentos de cadena separables se conviertan en un objeto separado trascendente que aplaste su polivocidad; es preciso que el objeto separado (falo) realice una especie de pliegue; de aplicación o de proyección, proyección del campo social definido como conjunto de partida sobre el campo familiar, ahora definido como conjunto de llegada, e instaure una red de relaciones bi-unívocas entre ambos. Para que Edipo sea ocupado no basta con que sea un límite o un representado desplazado en el sistema de la representación, es preciso que emigre al seno de este sistema y que él mismo vaya a ocupar el lugar del representante del deseo. Estas condiciones inseparables de los paralogismos del inconsciente, son realizadas en la formación capitalista⁵⁸.

Frente a la producción deseante, este *socius* cumple funciones diferentes, según sea la máquina territorial, la máquina despótica o la máquina capitalista:

Cuando la máquina territorial primitiva ya no bastó, la máquina despótica instauró una especie de sobre codificación. Sin embargo, la máquina capitalista, en tanto que se establece sobre las ruinas más o menos lejanas de un Estado despótico, se encuentra en una situación completamente nueva: la descodificación y la desterritorialización de los flujos. El capitalismo no se en-

⁵⁸ *Ibid*, pp. 182,183,184 (negrilla fuera de texto).

frenta a esa situación desde afuera, puesto que de ella vive y encuentra en ella a la vez su condición y su materia, y la impone con toda su violencia. Su producción y su represión soberanas no pueden ejercerse más que a este precio. El capitalismo nace, en efecto, del encuentro entre dos clases de flujos, flujos descodificados de producción bajo la forma del capital-dinero, flujos descodificados del trabajo bajo la forma del “trabajador libre”. Además, al contrario que las máquinas sociales precedentes, la máquina capitalista es incapaz de proporcionar un código que cubra el conjunto del campo social. La propia idea de código la sustituye en el dinero por una axiomática de las cantidades abstractas que siempre llega más lejos en el movimiento de desterritorialización del *socius*. El capitalismo tiende hacia un umbral de descodificación, que deshace el *socius* en provecho de un cuerpo sin órganos y que, sobre este cuerpo, libera los flujos del deseo en un campo desterritorializado⁵⁹.

La máquina capitalista depende de órganos anexos de antiproducción, siendo el principal de ellos el Estado (se hecha de menos el *Urstaat*, se resucita): “la axiomática moderna en el fondo de su inmanencia reproduce el *Urstaat* trascendente, como su límite vuelto interior, o uno de sus polos entre los que se ve determinada a oscilar”⁶⁰. En una palabra (como repiten constantemente Deleuze y Guattari):

El Estado, su policía y su ejército forman una gigantesca empresa de antiproducción, pero en el seno de la producción misma, y condicionándola. Nos encontramos ante una nueva determinación del campo de inmanencia propiamente capitalista: no sólo el juego de las relaciones y coeficientes diferenciales de los flujos decodificados, no sólo la naturaleza de los límites que el capitalismo reproduce a una escala siempre más amplia en tanto que límites interiores, sino también la presencia de la producción misma. El aparato de antiproducción ya no es una instancia trascendente que se opone a la producción, la limita o la frena; al contrario, se insinúa por todas partes en la máquina productora y la abraza estrechamente para regular su producción y realizar su plusvalía (de donde, por ejemplo, la diferencia entre la burocracia despótica

⁵⁹ *Ibid.*, p. 19.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 70.

y la burocracia capitalista). La efusión del aparato de antiproducción caracteriza a todo el sistema capitalista; la efusión capitalista es la de la antiproducción en la producción a todos los niveles del proceso. Por una parte, ella sola es capaz de realizar el fin supremo del capitalismo, que consiste en producir la carencia en grandes conjuntos, en introducir la carencia allí donde siempre hay demasiado, por la absorción que realiza de recursos sobreabundantes. Por otra parte, ella sola dobla al capital y al flujo de conocimiento con un capital y un flujo equivalente de imbecilidad que también operan su absorción o su resolución y aseguran la integración de los grupos o individuos al sistema⁶¹.

Ahora que ya sabemos qué es la antiproducción, debemos responder la pregunta ¿cómo actuar? ¡Desear, dejar de creer, sólo desear! Nuestra opción no es pasar del polo paranoico al polo esquizofrénico, sino ser el proceso esquizofrénico mismo: “*El esquizo no es revolucionario, pero el proceso esquizofrénico (del que el esquizo no es más que la interrupción, o la continuación en el vacío) es el potencial de la revolución*”⁶². Franquear el muro, escapar, huir, dejar huir los flujos, no dejarse atrapar. Esto es lo que nos proponen Deleuze y Guattari en *El antiedipo*.

2.2. *Mil mesetas*

Esta obra gira alrededor de descubrir si en la historia han existido sujetos con la capacidad de liberarse de los polos de la axiomática, los productores natos de los flujos del deseo, libres de ataduras en sus conciencias. Con esto se quiere decir, sujetos libres para vagar por el mundo sin tener que regresar a un punto de partida o esperando encontrar un punto de llegada o, como diría Machado, *haciendo camino al andar*. Si se responde afirmativamente, el problema no es probar la existencia de un pueblo (cosa que en sí misma poco le puede importar a la filosofía), sino ¿qué subyace a la existencia de un pueblo tal?, y, ¿sí es posible que esa existencia tenga posibilidades de aplicación a la *modernidad*? Deleuze y Guattari nos muestran los recorridos de estos sujetos, que no son los caminos construidos por los Estados, sino sendas de flujos desterritorializados y descodificados. Al hombre de Estado (sedentario) oponen un nómada, no el esquizohombre del bosque, ni el paranoico-hombre de Estado, que yace muer-

⁶¹ *Ibid*, pp. 243, 244.

⁶² *Ibid*, pp. 351, 352.

to junto a Edipo, y que sólo cree en imágenes; sino el poblador de los desiertos, de los espacios lisos, en oposición a los espacios estriados propios del Estado. Ese nómada sería el poblador de la *máquina de guerra*, último espacio de exterioridad, último devenir-proceso del sujeto. En este capítulo nos dedicaremos a examinar axiomas, proposiciones y problemas propuestos en los capítulos 12 y 13 de la obra, para descubrir lo que Deleuze y Guattari nos proponen en política. Estos capítulos cuentan con XIV proposiciones, III axiomas y III problemas. Antes de presentar nuestra visión de la obra es preciso aclarar en qué sentido nos referimos a proposiciones, axiomas y problemas. Las proposiciones son una forma de ver la historia, una propuesta histórica. Los axiomas pertenecen a la máquina capitalista como *socius* moderno:

El capitalismo es la única máquina social que se ha constituido como tal sobre los flujos descodificados, sustituyendo los códigos intrínsecos por una **axiomática** de las cantidades abstractas en forma de moneda. Por tanto, el capitalismo libera los flujos del deseo, pero en condiciones sociales que definen su límite y la posibilidad de su propia disolución, de tal modo que no cesa de oponerse con todas sus fuerzas al movimiento que le empuja hacia ese límite. En el límite del capitalismo, el *socius* desterritorializado da paso al cuerpo sin órganos, los flujos descodificados se echan en la producción deseante⁶³.

(...)

Los axiomas del capitalismo no son evidentemente proposiciones teóricas, ni fórmulas ideológicas, sino enunciados operatorios que constituyen la forma semiológica del capital, y que entran como partes componentes en los agenciamientos de producción, de circulación y de consumo. Los axiomas son enunciados principales, que no derivan o no dependen de otro⁶⁴.

⁶³ *Ibid.*, p. 146. En igual sentido, también puede encontrarse en las pp. 40, 182 a 184, 243 a 244, 259 a 261, 268 a 270, 313 a 314, 349 y 377. La relación entre una y otra obra es, como lo expresan Deleuze y Guattari, una sola obra que consta de dos tomos, por eso en *Mil mesetas* no se encuentran notas de pie de página que hagan mención a *El antiedipo*.

⁶⁴ Gilles Deleuze y Felix Guattari, *Mil mesetas*, *op. cit.*, p. 466.

Estos axiomas son el resultado de la axiomática capitalista, detienen y conjuran los flujos de deseo, son el muro ampliado del capitalismo y cada vez que éste adjunta uno nuevo, el deseo propone un nuevo flujo, por el cual escapar y huir en desbandada. Esta labor sólo puede ser llevada a cabo por los nómadas, los pobladores del desierto y de la estepa. Para liberar los flujos del deseo, el nómada cuenta también con una ciencia, una ciencia nómada o menor que opera planteando problemas. Para cada proposición existe un axioma representado por un teorema en la ciencia real, pero al mismo tiempo del lado de la ciencia menor surge un problema. Al final encontramos que a cada ciencia le corresponde un plan (o plano): para la ciencia real existe el plan de organización y para la ciencia nómada, *el plan de consistencia o de composición*⁶⁵, también llamado *campo de inmanencia*⁶⁶. La palabra plan (plano), para nosotros tiene relación directa con la utilización del término meseta, el cual, según Deleuze y Guattari, es tomado de la teoría de Gregory Bateson: “Bateson llama mesetas a regiones de intensidad continua, que están constituidas de tal manera que no se dejan interrumpir por un final exterior, ni tampoco tiende hacia un punto culminante [...] Una meseta es un fragmento de inmanencia”⁶⁷. El plan de consistencia o campo de inmanencia en sí, es una meseta que está a su vez formado por mesetas. En últimas, es el cuerpo sin órganos⁶⁸, que se opone al organismo. Sus elementos son las intensidades, los flujos, el deseo.

La mejor forma de mostrar esta organización es presentar axiomas, proposiciones y problemas en un solo texto sin sus títulos y para diferenciarlos usar sólo un paréntesis con (a) para axiomas, (P) para proposiciones y (p) para problemas, seguidos de sus respectivos números al final de cada uno, así: (a, I) La máquina de guerra es exterior al aparato de Estado. (P. I) Esta exterioridad se ve confirmada en primer lugar por la mitología, la epopeya, el drama y los juegos. (p. I) ¿Existe algún medio de conjurar la formulación de un aparato de Estado (o de sus equivalentes en un grupo)? (P. II) La exterioridad de la máquina de guerra es igualmente confirmada por la etnología (homenaje a la memoria de Pierre Clastres). (P. III) La exterioridad de la máquina de guerra también es confirmada por la epistemología, que deja presentir la existencia y perpetua-

⁶⁵ *Ibid.* p. 374.

⁶⁶ *Ibid.* p. 162.

⁶⁷ *Ibid.* p. 163.

⁶⁸ Ídem.

ción de una *ciencia menor* o *nómada*. (p. II) ¿Existe un medio de sustraer el pensamiento al modelo de Estado? (P. IV) La exterioridad de la máquina de guerra es confirmada finalmente por la noología. (a. II) La máquina de guerra es una invención de los nómadas (en la medida en que es exterior al aparato de Estado y distinta de la institución militar). Como tal, la máquina de guerra nómada tiene tres aspectos, un aspecto especial-geográfico, un espacio aritmético o algebraico y un aspecto afectivo. (P. V) La existencia nómada efectúa necesariamente las condiciones de la máquina de guerra en el espacio. (P. VI) La existencia nómada implica necesariamente los elementos numéricos de una máquina de guerra. (P. VII) La existencia nómada tiene por *afectos* las armas de una máquina de guerra. (p. III) ¿Cómo los nómadas inventan o encuentran sus armas? (P. VIII) La metalurgia constituye de por sí un flujo que converge necesariamente por el nomadismo. (a. III) La máquina de guerra nómada es como la forma de expresión, de la que la metalurgia itinerante sería la forma de contenido correlativa. (P. IX) La guerra no tiene necesariamente por objeto la batalla, y sobre todo la máquina de guerra no tiene necesariamente por objeto la guerra, aunque la guerra y la batalla puedan derivar de ella necesariamente (bajo ciertas circunstancias). (Aquí empieza el Capítulo 13). (P. X) El Estado y sus polos. (P. XI) ¿Qué es primero? (P. XII) Captura. (P. XIII) El Estado y sus formas. (P. XIV) Axiomática y situación actual.

Esta descripción nos muestra la formación de la máquina capitalista descrita por sus axiomas, con sus propias proposiciones y con las pocas objeciones que una ciencia menor puede hacer al presentar sus problemas. Así, al comienzo existe un Estado que es interior y una máquina de guerra siempre exterior. Una ciencia real opuesta a una ciencia menor. Un hombre de Estado y un nómada. Sólo dos polos; otra vez dos polos. ¿Parece que se repite la fórmula de *El antiedipo*? Pero esta obra presenta una variación de una importancia capital: el Estado se apropia de la máquina de guerra, pero, como sabe de su potencial revolucionario, la organiza y forma un ejército, la institucionalización de la guerra. ¿Esto significa que la máquina de guerra desaparece? Y, con ella, ¿deja de existir el polo revolucionario?

Por el contrario, la máquina de guerra continúa siendo exterior, ahora sí exterior, y los polos continúan, pero ahora sólo pertenecen al Estado. Se inaugura una nueva época con nuevos axiomas, una nueva historia donde siguen existiendo hombres de Estado y nómadas, pero los primeros cada vez con más poder y los otros sin poder alguno. Pero el nómada no lo necesita, el nómada sigue siendo el hombre de la guerra, el representante del desierto y

de la estepa, del espacio liso. Ahora la máquina de guerra está entre⁶⁹ los dos polos del Estado:

Una de las tareas fundamentales del Estado es la de estriar el espacio sobre el que reina, o utilizar espacios lisos como un medio de comunicación al servicio de un espacio estriado. Para cualquier Estado no sólo es vital vencer el nomadismo, sino también controlar las migraciones, y, más generalmente, reivindicar una zona de derechos sobre todo un “exterior”, sobre el conjunto de flujos que atraviesan el ecumene. El Estado es inseparable, allí donde puede, de un proceso de captura de flujos de todo tipo, de poblaciones, de mercancías o de comercio, de dinero o de capitales, etc. Pero se necesitan trayectos fijos, de direcciones bien determinadas, que limiten la velocidad, que regulen las circulaciones, que revitalicen el movimiento, que midan detalladamente los movimientos relativos de los sujetos y objetos. De ahí la importancia de la tesis de Paul Virilio, cuando muestra que “el poder político del Estado es *polis*, policía, es decir, red de comunicación”, y que “las puertas de la ciudad, sus fielatos y sus aduanas son barreras, filtros para la fluidez de las masas, para la capacidad de penetración de las manadas migratorias”, personas, animales y bienes⁷⁰.

Lo primero que captura el aparato de Estado es el trabajo, al oponerlo a la *acción libre* del nómada. De ahí la diferencia entre armas y herramientas, las primeras arrojadas, componentes de un vector de velocidad y las otras, gráficas. Pero estos modelos no son en ningún momento estáticos, por el contrario el nómada se alía con el obrero en una nueva empresa revolucionaria:

Vuelven a surgir hombres de guerra, con muchas ambigüedades: todos aquellos que conocen la inutilidad de la violencia, pero que son adyacentes a una máquina de guerra a recrear, de respuesta activa y revolucionaria. También vuel-

⁶⁹ “‘Entre’ significa que el espacio liso está controlado por esos dos lados que lo limitan, que se oponen a su desarrollo y le asignan, en la medida de lo posible, un papel de comunicación, pero también, por el contrario, que se vuelve contra ellos”, *Ibid*, p. 388. “Entre las cosas no designa una relación localizable que va de la una a la otra y recíprocamente, sino una dirección perpendicular, un movimiento transversal que arrastra a la una y a la otra, arroyo sin principio ni fin que socava las dos orillas y adquiere velocidad en el medio”, *Ibid*, p. 29.

⁷⁰ *Ibid*, pp. 389, 390.

ven a surgir obreros que no creen en el trabajo, pero que son adyacentes a una máquina de trabajo a recrear, de resistencia activa y de liberación tecnológica. No resucitan viejos mitos o figuras arcaicas, son la nueva figura de un agenciamiento transhistórico (ni histórico, ni eterno, sino intempestivo): el guerrero nómada y el obrero ambulante⁷¹.

La consecuencia más importante que muestra la *apropiación* de la máquina de guerra por el aparato de Estado es que ésta queda subordinada a los fines políticos y por consiguiente abandona, lo que Deleuzze y Guattari llaman la *Idea*, para tomar como objeto la guerra, es decir, la eliminación de los nómadas o de otros Estados.

Así una vez el aparato de Estado se ha apropiado de la máquina de guerra configura el primer polo de esta:

la máquina de guerra tiene por objeto la guerra, y forma una línea de destrucción prolongable hasta los límites del universo. Pues bien, bajo todos los aspectos que adquiere aquí, guerra limitada, guerra total, organización mundial, no representa en modo alguno la supuesta esencia de la máquina de guerra, sino únicamente, cualquiera sea la potencia, el conjunto de las condiciones bajo las cuales los Estados se apropian de esa máquina, sin perjuicio de proyectarla finalmente como el horizonte del mundo, o el orden dominante del que los Estados ya no son más que partes⁷².

En oposición directa a este primer polo, todo lo que queda fuera representa ahora el segundo polo: “diríamos que es el de la esencia, cuando la máquina de guerra, con ‘cantidades’ infinitamente inferiores, tiene por objeto, no la guerra, sino el trazado de una línea de fuga creadora, la composición de un espacio liso y el movimiento de los hombres en ese espacio. Según ese otro polo, la máquina encuentra la guerra, pero como su objetivo sintético y suplementario, así pues, dirigido contra el Estado, y contra la axiomática mundial expresada por los Estados⁷³.”

Pero, las relaciones entre estos dos polos no son de ninguna manera causales, porque el primero de los polos de esta máquina capitalista mundial, re-

⁷¹ *Ibid.* p. 405.

⁷² *Ibid.* p. 421.

⁷³ *Ibid.* pp. 421 y 422.

presentada en el aparato de Estado, que se apropió de la máquina de guerra, ha formado a su vez dos polos y la comunicación entre uno y otro es llevada a cabo por la máquina de guerra (exterior). La máquina de guerra es la que lleva de un polo al otro, la que traza las líneas de fuga creadoras y destructoras, funciona como mecanismo de sensibilidad; uno de los polos le permite desarrollar creación y en el otro extremo, destrucción. El aparato de Estado se ve atravesado constantemente por los dos tipos de líneas. Pero al contrario, los dos polos del aparato de Estado se sirven de la máquina de guerra de forma parasitaria⁷⁴, capturan, pactan, atan sus flujos descodificados, convirtiéndolos en axiomas del capitalismo, crean y destruyen, y en cada uno de esos devenires evolucionan e involucionan. Los parásitos de la máquina de guerra se desarrollan en dos polos. Un polo imperial o despótico:

Es el régimen del *nexum*, el lazo: todo se presta, e incluso se da sin transferencia de propiedad, sin apropiación privada, y en él la contrapartida no supone un interés ni un beneficio para el donante, sino más bien una “renta” que le corresponde, que va unida al préstamo de uso o a la condonación de la renta⁷⁵.

(...)

y un polo denominado Estado-nación o Estado moderno que se puede identificar por la subjetivación de los flujos descodificados, por operar bajo la forma del pacto, del contrato: la nación coincide con la operación de una subjetivación colectiva, a la que corresponde el Estado moderno como proceso de sujeción. Bajo esta forma de Estado-nación, con todas las diversidades posibles, el Estado deviene el modelo de la realización para la axiomática capitalista. Lo que en ningún modo quiere decir que las naciones sean apariencias o fenómenos ideológicos, sino por el contrario, las formas vivas y pasionales

⁷⁴ Esta idea es desarrollo (distinto del tema “virus” que plantean Deleuze y Guattari en la p. 469) de un texto de Michel Serres. Pero también podemos encontrar ejemplos en autores como Heinz von Foerster, quien tiene un relato sobre unos camellos que es un ejemplo perfecto de la aplicación de este tipo de fenómenos que, en últimas, hacen referencia a la realidad como un elemento indispensable para romper con las lógicas bivalentes.

⁷⁵ *Ibid.* p. 437.

en las que se realizan fundamentalmente la homogeneización cualitativa y la competencia cuantitativa del capital abstracto⁷⁶.

Los dos polos o fuerzas son:

“la sobre codificación de los flujos codificados y el tratamiento de los flujos codificados”⁷⁷.

En los Estados modernos, estos dos polos han recibido los nombres de totalitarismo y socialdemocracia. El primero, cuando se tiende a disminuir el número de axiomas: “El polo del Estado ‘totalitarismo’ encarna esta tendencia a restringir el número de axiomas, y opera por promoción exclusiva del sector externo, recurso a los capitales extranjeros, desarrollo de una industria orientada hacia la exportación de materiales brutos o alimentarios, hundimiento del mercado interior”⁷⁸. Socialdemocracia, cuando se tiende a aumentar el número de axiomas: “Se podría definir un polo de Estado muy general, ‘socialdemocracia’, por esa tendencia a la adjunción, a la invención de axiomas, en relación con dominios de inversión y fuentes de beneficio: no es un problema de libertad o de coerción, de centralismo o de descentralización, sino de cómo se controlan los flujos. En este caso se les controla multiplicando los axiomas directores”⁷⁹.

Esta tendencia de sustracción y adjunción de los límites del capitalismo por medio de la axiomática tiene por objeto saturar el sistema que en el polo *totalitario* se ve en la tendencia a estrechar los límites del capitalismo y el polo *socialdemócrata* en la tendencia a su desplazamiento⁸⁰. Antes que creer que frente al modo de producción capitalista existe también un único modelo de Estado, Deleuze y Guattari proponen una regla general que define en parte la relación de la axiomática con los Estados:

la isomorfia de los modelos, en principio en los Estados del centro (bipolaridad entre los mercados internos y exterior); la heteromorfia impuesta por el Esta-

⁷⁶ *Ibid.* p. 463.

⁷⁷ *Ibid.* p. 465.

⁷⁸ *Ibid.* p. 467.

⁷⁹ *Ibid.* p. 466.

⁸⁰ *Ibid.* p. 467.

do socialista burocrático (bipolaridad Este-Oeste); la polimorfía organizada de los Estados del Tercer Mundo (bipolaridad centro-periferia o Norte-Sur)⁸¹.

Pero nos advierten que esta clasificación en nada tiene que ver con los dos polos, sino sólo con la forma-Estado. Por otro lado, la axiomática capitalista no sólo transforma el objeto de la máquina de guerra, al ser apropiada por el aparato de Estado, sino que ahora es la máquina capitalista la que se apropia del Estado e invierte también su objeto, al determinarse como el sustento de una *paz* de la que ella misma es origen y fin. De igual manera invierte la identificación del enemigo, lo hace un *enemigo determinado*, que puede ser *individuo, grupo, clase, pueblo, acontecimiento, mundo*⁸², según se necesite.

La bipolaridad centro-periferia encuentra a su vez que en el centro se repite la diferencia, es decir, encontramos periferias (sures) en el centro, donde el problema no puede ser resuelto por integración sino que los Estados utilizan sus viejas estrategias: “La tendencia totalitaria a abandonar los axiomas del empleo, y la tendencia socialdemócrata a multiplicar los *status*, pueden aquí combinarse, pero para efectuar siempre las rupturas de clase. Razón de más para que se acentúe la oposición entre la axiomática y los flujos que ella no logra dominar”⁸³. Esta oposición es lo que Deleuze y Guattari denominan proposiciones indecidibles⁸⁴, en tanto que la axiomática codifica los flujos, esta ya no es capaz de retener los que se generan por esta, es decir, cada vez que genera nuevos axiomas, los flujos tienden a liberarse de nuevo.

Hemos dejado al final lo que creemos es la propuesta de un verdadero estatuto político de la diferencia. Su extensión y precisión en el texto no son realmente los mejores, ya que es, como él mismo, un devenir diferente para cada caso particular pero que se puede resumir en tres puntos: el primero sería el problema, en el sentido expuesto por Deleuze y Guattari, que suscita el concepto de mayoría en tanto que axioma; el segundo sería la división en dos conjuntos o polos: el primero, el de los numerables, incluso infinitos, que pertenecen a la

⁸¹ *Ibid.* p. 469.

⁸² *Ibid.* p. 470.

⁸³ *Ibid.* pp. 472-473.

⁸⁴ Para una revisión de la epistemología de las proposiciones indecidibles, ver Henri Atlan, *Con razón o sin ella*, Barcelona: Tusquets, 1991, pp. 174 a 180.

axiomática, y el segundo, el de los no numerables, que sería definido por la relación de “y” entre los elementos que siempre dejan escapar los flujos que la axiomática ha codificado; y el tercer elemento es el de defender lo *particular* como forma innovadora. En resumen:

El problema no es en modo alguno el de la anarquía o la organización, ni siquiera el de la centralización o descentralización, sino el de un cálculo o concepción de los problemas relativos a los conjuntos no numerables frente a una axiomática de los conjuntos numerables. Pues bien, este cálculo puede tener sus composiciones, sus organizaciones, incluso sus centralizaciones, pero no pasa por la vía de los Estados ni por los procesos de la axiomática, sino por un devenir de las minorías⁸⁵,

incluso si fuera una minoría compuesta por un sólo individuo.

2.3. Weber y el Estado

El paradigma del estudioso de la sociedad a principios y mediados del siglo XX siempre se ha relacionado, de una u otra manera, con Max Weber y no sin razón, no hay sino que revisar su obra⁸⁶. Nuestro interés se centra en la visión que plasma Weber en su escrito *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, sobre el papel de la religión y el adoctrinamiento de un pueblo en la formación de los Estados, visión desarrollada por Phillip S. Gorski⁸⁷.

El texto de Gorski es un intento por ahondar en el problema de la presencia de una revolución disciplinaria que determinaría la formación de “Repúblicas constitucionales en las regiones económicamente avanzadas y la formación de fuertes Estados monárquicos centralizados en las regiones

⁸⁵ *Ibid.*, p. 474.

⁸⁶ *Economía y sociedad (Wirtschaft und Gesellschaft)* ya es lo suficientemente abarcante como para demorarse toda una carrera universitaria para lograr comprenderla por completo.

⁸⁷ Philip S. Gorski, “Un nuevo examen de ética protestante: Revolución disciplinaria y formación del Estado en Holanda y Prusia”, en Alfonso Pizza (comp.), Carlos Mosquera O. y Alberto Henao (trad). *Alrededor de Max Weber*, Santafé de Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 1996, pp. 9 a 64.

económicamente atrasadas”⁸⁸. El interés en el estudio de Gorski gira en torno a su hipótesis de que: “lo que le dio al calvinismo su potencial revolucionario fue que ligó (1) una ética de la autodisciplina con (2) potentes estrategias organizativas y (3) una cambiante visión del mundo de una República piadosa”⁸⁹.

(...)

el calvinismo fue único en el empleo de la vigilancia como técnica de organización política masiva. El impacto político revolucionario del calvinismo derivó de esta combinación de una ética radical de disciplina social y una efectiva estrategia de organización colectiva: parafraseando a Weber, el movimiento calvinista proporcionó el canal a través del cual la disciplina monacal entró al mundo político⁹⁰.

La presencia o ausencia de la Reforma parecería ser el argumento principal con el cual muchos de los que se dicen críticos de la modernidad, atribuyen el que en un Estado existieran las causas primigenias para la consolidación de la democracia, en tanto que interiorización de una ética del deber, es decir, del ascetismo intramundano de Weber⁹¹.

Lo anterior daría la oportunidad para reflexionar sobre el porqué no se analizan también las razones por las cuales el Estado se apropia de estas líneas de fuga y las convierte en su razón para apropiarse de los impuestos (diezmos, anatas) que se le pagaban a la Iglesia, así como la oportunidad para despojarla de sus tierras. Quentin Skinner menciona cómo a los príncipes “no les preocupaban mayormente las doctrinas de la Reforma, salvo por su obvio valor de armas ideológicas en las luchas por la riqueza y el poder de la Iglesia”⁹² y

⁸⁸ *Ibid.*, p. 12.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 18.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 49.

⁹¹ Todas estas ideas se encuentran resumidas en el escrito del profesor Rubén Jaramillo Vélez, *Moralidad y modernidad en Colombia*, Bogotá: Escuela de Administración Pública, 1998. Especialmente pp. 36 a 38 y al cual le debo gran parte de la reflexión.

⁹² Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno II. La Reforma*. México: Fondo de Cultura Económica, 1986.

hace mención repetida de cómo a los precursores del luteranismo (entre los que se cuentan los que predicaban la devotio moderna), con su tesis de hacer abandonar a la Iglesia sus ideales mundanos, les parecía que la posición de la Iglesia (el Papado y sus cardenales) debería limitarse a la posición de una Iglesia espiritual.

Pero ni Weber, ni Gorski ven en esta apropiación (del Estado) de la ética calvinista, el momento en el cual los gobernantes encuentran su arma más mortífera para normalizar y despojar de todo deseo a sus gobernados, como tampoco hacen mención del estado de las finanzas de estos príncipes⁹³ y cómo el apoyo de la población les permitiría hacerse a nuevos capitales. En resumen, la ética calvinista sí marca un punto clave de esta historia de los Estados, el momento en el cual los gobernantes encuentran la manera de inculcar en sus gobernados una ética estatal y del trabajo, una ética que les permitiría subyugar a sus gobernados, basada en un beneficio futuro, pero que nunca iba a llegar, ese bien común indefinido en el tiempo y en el espacio que ha sido el mayor de los axiomas de los Estados. Este es el punto de inicio del capitalismo y su axiomática, después de liberar los flujos, de descodificarlos, se los apropia y los convierte en sus axiomas, de capital y de Estado.

Según el argumento de muchos de los que participan en el debate sobre la actual situación del subdesarrollo, uno de los problemas que no ha dejado a estos países integrarse en un capitalismo mundial, es precisamente el hecho de que en estos no estuvo presente el ascetismo intramundano, es decir, la interiorización de una ética del deber en oposición a una de una del *me toca*⁹⁴. Pero es mejor decir que se carece de una ética de imposición, es mejor darle paso a una no-ética, es mejor carecer de axiomas capitalistas, es mejor carecer de ética para poder desear. En ese sentido es mejor, y es la posibilidad que tenemos los de la Surperiferia; carecemos de algo que les permite a los gobiernos de los Estados del Norte-centro hacer sujetos dóciles, aptos para la máquina capitalista; es ese darse cuenta de que esta ética sólo le proporciona esclavos a la megamáquina, lo que le da la ventaja al Sur. Aquí es donde empieza el despertar del Sur y de los sures del Norte, aquí es de donde parte la reconstrucción de

⁹³ De acuerdo con el profesor Rubén Jaramillo Vélez, el préstamo que la *banca privada* les hace a los Hohenzollern marca el inicio de lo que hoy se conoce como deuda pública.

⁹⁴ Rubén Jaramillo Vélez, *Moralidad y Modernidad en Colombia*, op. cit.

la historia del hombre libre, del que no necesita ética, como tampoco el capitalismo, es aquí en el Sur. Esta es la ventaja del Sur, el no tener que derrumbar un axioma más, para empezar a construir un devenir nómada.

Conclusiones

La Ilustración es un proceso que afecta a toda la sociedad europea, hecho indisputado por la historia, lo que se disputa es ¿qué significa? Tanto Foucault como Deleuze han dedicado parte de su obra temprana y en especial su obra política a explicar este fenómeno que, además, da inicio a la Modernidad. La mayoría de los que se dedican al estudio de las raíces de la Ilustración señalan como fecha común el siglo XVIII, sin hacer distinción de ninguna clase para cada una de las sociedades envueltas en este fenómeno, como si Europa fuera un solo y gran campo indiferenciado.

Pero, es bueno recordar que la Ilustración es un proceso específico de Francia y que se extendió al resto de las sociedades europeas en diferentes tiempos y en diferentes ocasiones, es decir, cada sociedad tuvo su detonante y este hecho autocatalítico fue diferente para cada una. Lo que nos hace reflexionar sobre este aspecto es que el fenómeno de la Ilustración, siendo un proceso diferente para cada caso examinado, no puede ser para Francia lo mismo que para Alemania. Lo que sí es igual para todas las sociedades europeas es lo que significa Ilustración.

De manera genérica se puede entender por Ilustración el proceso de subjetivación de una sociedad, es decir, la individualización, a todos los niveles, de los individuos que pueblan un territorio y que dejan de ser una comunidad para convertirse en una sociedad. Este proceso en Francia efectivamente ocurre en el siglo XVIII; pero, en Alemania no. En Alemania, ciertamente esto no es así, y sólo ocurre hasta después de la Segunda Guerra Mundial por un proceso de imposición llevado a cabo por las potencias triunfadoras, o mejor, por la finalización de un proceso autodestructivo que había iniciado la sociedad alemana y que sólo paró con la derrota total y el reinicio de cero.

Esto tiene una importancia capital en el análisis de la obra política de Foucault y de Deleuze, en razón a, ¿quiénes verdaderamente han influenciado sus obras políticas? y ¿qué critican de su sociedad? Porque si algo hay de común en ambos es que dedican sus críticas a los problemas de Francia después de la Ilustración. Es más, si se intenta dar una definición de lo que es la Ilustración con respecto a la política, se podría afirmar que precisamente es la pérdida de todo sentido político tal y como se conoció hasta principios de siglo XVIII y que

es claro, porque se dice, que en Alemania sólo ocurre hasta después de culminada la Segunda Guerra Mundial.

Nadie dice que no haya una influencia directa de Nietzsche o de Heidegger en la obra política de Foucault y de Deleuze; lo que se afirma es que esta influencia está mediada por la experiencia de dos sociedades bastante dispares en su desarrollo y que sus historias están separadas en el tiempo, cosa que no debe ser dejada sin analizar. En lo que sí hay una similaridad es en el espíritu de los autores, es decir que, si hay una afinidad, es de carácter personal. No nos referimos a que haya que hacerle un análisis psicoanalítico a cada uno de ellos para hallar sus puntos de encuentro. Basta con estudiar sus obras, que en su mayoría están dedicadas a analizar la Ilustración y los fenómenos conexos, porque si hay algo que les caracterice en su trabajo es la coherencia en el desarrollo de los conceptos centrales de sus teorías y la seriedad con que cada uno expone sus hallazgos. Es ahí donde están los puntos de encuentro de los cuatro autores.